

*La amistad, patria de los sin patria.  
Epistolario inédito (1953-1972)*

MARÍA TERESA LEÓN, RAFAEL ALBERTI, MAX AUB

Edición de Barbara Greco, Sevilla, Renacimiento, 2023, 229 pp.

Con esta cuidada edición, Barbara Greco, autora de numerosos trabajos sobre León y Aub (entre los cuales merece la pena destacar la monografía *Max Aub: apócrifi e maschere letterarie*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2018), aporta un valioso testimonio documental sobre tres figuras capitales de la diáspora intelectual republicana. La composición del fondo aquí publicado, procedente en su casi totalidad de la Fundación Max Aub, sugiere de entrada unas relaciones bastante asimétricas: cuarenta y cuatro cartas de León (“verdadera interlocutora de esta comunicación”, p. 8), treinta de Aub (un par de ellas rescatadas en la Fundación Rafael Alberti, que custodia las únicas copias conocidas) y apenas tres de Rafael Alberti. Con una decisión sin duda acertada, Greco también incluye una tríada de misivas de Aitana, hija de María Teresa y Rafael, y siete de su novio, el fotógrafo y director argentino Roberto Otero, con las correspondientes

seis respuestas de Aub; a través de esta ampliación, no se reconstruye solo el microcosmos de iniciativas y contactos de los Alberti, sino que se da cuenta cabal del activismo de Max Aub, auténtico referente de los intelectuales antifranquistas más allá del exilio histórico de 1939.

Las primeras catorce cartas (una séptima parte del conjunto, aproximadamente) se colocan a caballo de la mitad de los años 50, a partir, según la sólida propuesta de fechación de la editora, de marzo de 1953, que es con creces el año más representado, hasta los mensajes más esporádicos de 1955 y 1956. Durante aquel trienio, Aub contactó a los Alberti para que participaran en uno de los muchos proyectos culturales del exilio destinados a fracasar, es decir, la colección de libros *Patria y Ausencia*, que hubiera tenido que contar con la colaboración editorial de Joaquín Díez-Canedo, Francisco Giner de los Ríos y Julián Calvo.

León, que escribe desde el Buenos Aires que tendrá que abandonar precipitadamente en mayo de 1963, deja entrever a menudo las estrecheces materiales que afligían a los Alberti en su exilio argentino, a pesar de una vida familiar feliz con la pequeña Aitana: “Tenemos mucho trabajo imbécil y poco tiempo” (p. 35); “no tengo secretaria, ni casi máquina de escribir, ni tiempo. Sigo encadenada al vivir menudo, la casa, los conflictos económicos, etc.” (p. 36); “sigo malcopiando [la páginas de *Juego limpio*] en medio de los mil trabajos y dificultades de mi vida” (p. 37); “Trabajo en condiciones desastrosas, cada día con una máquina a cuál más vieja, si es nueva, como no la entiendo, escribo peor” (p. 39); “Te mando la novela completa. Pasé más tiempo en cama que de pie. Por eso tardó tanto. Voy a rogarte que la trates como cosa imperfecta y la corrijas. A trozos la dicté, a trozos la copié yo. En esta casa nadie tiene tiempo para nada” (p. 42). Una precariedad típicamente exílica que afectaba también a las posibilidades de publicar *tout court*, obligando a esa lucha continua, y a veces descorazonadora, con el medio cultural que Aub bien conocía: en efecto, *Juego limpio*, que León proponía a su amigo ya en 1953, tardó seis años más en salir.

Si la amargura impregna buena parte de este primer período de la correspondencia, León expresa también unas reflexiones, episódicas pero no por eso menos llamativas, sobre los aspectos éticos de su producción memorialística. A finales de junio de 1953, por ejemplo, tras enviarle el manuscrito de *Juego limpio*, la escritora busca confirmaciones acerca de su capacidad evocadora, en términos tanto históricos como emocionales: “Tengo verdadera necesidad de saber si lo que digo de Valencia, además de un tópico inevitable, es justo, exacto y cariñoso. Lo he escrito en un lugar también lleno de naranjos, junto al río Paraná, mirando cómo los barcos —Ámsterdam, Marsella, Liverpool— se iban, dejándome” (p. 40). El mes siguiente, León manifiesta, con alusiones bastante vagas (¿tal vez a Gironella?), su incomodidad ante una literatura guerracivilista que empezaba a tergiversar las responsabilidades del conflicto: “Creo que abundan demasiado las novelas sobre tema español en estos últimos tiempos pero, la verdad, ¿es que tenemos algo más delante? // Además me revientan las novelas que contentan a los ingleses. Las que admiten un mea culpa republicano y echan una gasa de disculpas a las ferocidades de los otros” (p. 42).

Con el salto temporal notable de la carta n. 15 (de 1956 a 1963) empieza la parte más enjundiosa del epistolario, que se hace especialmente intenso entre 1964 y la primera mitad de 1970 (cartas nn. 18 a 94), con una sola y última misiva posterior de Aub, fechada en enero de 1972, pocos meses antes de su segundo viaje a la España franquista.

Cuando Aub reanuda la correspondencia en agosto de 1963 (pp. 52-53), los tres viejos amigos acababan de verse en Milán, primera etapa de la estancia italiana de los Alberti. Es la antesala del largo período romano del matrimonio, del que nacerán dos obras tan dispares y al mismo tiempo tan estrechamente ligadas como *Roma, peligro para caminantes* (México, Joaquín Mortiz, 1968) y *Memoria de la melancolía* (Buenos Aires, Losada, 1970), dos de las más significativas del exilio tardío. Puesto que entre 1964 y 1965 Aub hospedó algunos de los primeros poemas de *Roma...* en su revista *Los Sesenta*, y luego avalaría la publicación del libro en la editorial de su amigo Joaquín Díez-Canedo, el epistolario es útil ante todo para reconstruir la tupida red de contactos que contribuyeron en la formación de este extraordinario poemario, recientemente ilustrada en la apasionada

edición crítica de Luigi Giuliani (Madrid, Cátedra, 2021).

Sin embargo, son, una vez más, las cartas de León las que poseen mayor encanto, pues, como señalan con esmero las notas de Greco, anticipan la atmósfera y la retórica de *Memoria de la melancolía*. Valga como ejemplo este fragmento de 1964:

Las visitas de los muchachos españoles me trastornan. Es un choque con una realidad a la que no sabemos hacer frente, gracias a tantas experiencias cristalizadas ante nuestros ojos y esa memoria del olvido que padecemos. No sé si nos quieren o no; no sé si nos han mitificado o mistificado, pero me gusta ante ellos decir tu nombre y el de otros españoles dispersos. Insisto en que “no citamos muertos” [...] (p. 81).

La gran autobiografía de León, con el paso del tiempo, se va evidentemente formando, hasta tal punto que en octubre de 1968 María Teresa puede escribirle a Aub: “Mis recuerdos continúan fluyendo de mi memoria descascarillada. Pronto estará entero y firme un libro de más de quinientas páginas” (p. 133). Esta afirmación permite matizar, por cierto, aunque tan solo de algunos meses, la propuesta de

datación que había avanzado en su día Gregorio Torres Nebrera (“[el libro] se terminó no más allá de mediados del 68”, en la edición de Clásicos Castalia, 1998, p. 47).

En cuanto a Aub, que en sus contactos con los Alberti mantiene un tono amistoso, pero menos efusivo que el de León, la lectura del epistolario permite ahondar en su trajín editorial, con la usual batería de proyectos más o menos afortunados (entre ellos, las negociaciones nada fructíferas con el mercado italiano de los sesenta). Pero sobre todo, cuando se leen sus cartas en paralelo con sus diarios privados, que Manuel Aznar Soler acaba de reeditar en una monumental edición completa (*Diarios 1939-1972*, Sevilla, Renacimiento), pueden captarse con más precisión los matices de la personalidad de un escritor siempre inquieto y a veces corrosivo. En septiembre de 1965, por ejemplo, le escribe a María Teresa: “He oído campanas de que pensáis regresar. ¿Hay algo de cierto en ello? Como sabéis, a mí no me dejan” (p. 99). Es la señal de una de las obsesiones más agobiantes de Aub, la de las implicaciones morales y artísticas de un regreso a la España de Franco, que pocos días después vuelve a manifestarse, fatalmente, en su diario:

[...] Rafael Alberti, no queriendo que se vuelva a publicar su teatro de aquel tiempo [la Guerra Civil], como si estuviéramos todavía en 1936... Bien está que desee volver a España —también yo—, pero ¡a este precio! A menos que sea su partido el que considere inconveniente que, dadas las actuales circunstancias, no deba hacerlo, como si lo que aplaudió hace treinta años fuese todavía valedero, como si se arrepintieran de lo hecho... (*Diarios*, p. 488).

En definitiva, para todos los lectores que quieran profundizar la cultura del exilio republicano son numerosísimos los motivos de interés de esta correspondencia entre Aub y la familia Alberti, que Barbara Greco ha editado con tino. El estudio introductorio es claro y sintético y la disposición de las cartas, acompañadas de un rico aparato iconográfico, facilita la lectura de los documentos. Como broche final, vale la pena destacar un exhaustivo aparato de notas (más de cuarenta páginas) que por su solvencia y rigor viene a ser casi un libro dentro del libro, y le brinda al estudioso una cartografía más que certera para ulteriores investigaciones.

Eugenio Maggi  
Università di Bologna